



Recorrido por los recuerdos de las fiestas de nuestro pueblo cuando éramos más jóvenes.

Escrito para lectura en la sesión del 24 de mayo de 2012 del grupo HABLEMOS

## En las fiestas de Getafe

**RECUERDOS**  
Lamberto Sanz Estera s



<https://hablemosdegetafe.files.wordpress.com/2015/05/en-las-fiestas-de-getafe.pdf>

### EN LAS FIESTAS DE GETAFE (Recuerdos)

13 mayo, 2015 hablemosdegetafe



“Había que salir por la mañana muy temprano para pillar a los hermanos Sansegundo, a la puerta de su establecimiento, haciendo churros y porras. Los churros uno a uno, con ese giro de brazo y el corte con el dedo, a tres centímetros del aceite hirviendo. Para las porras hacían una enorme rosca que ocupaba toda la sartén, y después las cortaban a tijera. Se habían preparado dos hermosos bidones, a modo de horno, en los cuales habían colocado unos ladrillos refractarios ....”

## EN LAS FIESTAS DE GETAFE (Recuerdos)

Había que salir por la mañanita muy temprano para pillar a los hermanos Sansegundo, a la puerta de su establecimiento, haciendo churros y porras. Los churros uno a uno, con ese giro de brazo y el corte con el dedo, a tres centímetros del aceite hirviendo. Para las porras hacían una enorme rosca que ocupaba toda la sartén, y después las cortaban a tijera. Se habían preparado dos hermosos bidones, a modo de horno, en los cuales habían colocado unos ladrillos refractarios, pegados con una argamasa de yeso, con una especie de parrilla por encima y bajo los cuales una salida de cenizas a modo de horno de alfarero. Sudaban por los cuatro costados, pero no paraban. Les pedías los churros por docenas y te los ponían todos juntos, atados con un junco verde que probablemente venía del “valle de las catacumbas”, a escasos cien metros del nacimiento del “arroyo culebro”, en tierras de la vecina Fuenlabrada.



A media mañana te acercabas a la Taberna de Lino, para echar unas parrafadas sobre los festejos del año y de paso tomarte la mejor limonada del pueblo; hecha con especial cuidado, puesta a macerar durante la noche anterior, y servida fresquita en vasos de caña de vino. Frente a la puerta de la taberna se ponía Manolo, joven alto y espigado, con su puesto de gambas cocidas y camarones. El puesto era un carro de madera con dos ruedas y un par de andas para manejarlo desde una esquina hasta otra, donde diera la sombra, para mantener el género fresco. Él lo tenía puesto sobre una montañita, que hacía con paja, cubierta por una blanca sábana y con algo de hielo. También lo regaba de vez en cuando con una

pequeña regadera, que mantenía con agua de hielo. Tanto las gambas como los camarones te los despachaba en un cucurucho de papel de estraza, a veces de periódico, bien enrolladito.

Si en lugar de limonada te apetecía una cerveza fresquita y bien tirada, entonces no había duda, te acercabas al Bar del Norte, donde Rafa o Enrique te servirían,

## En las fiestas de Getafe – Lamberto Sanz Esteras

---

posiblemente, la mejor cerveza de toda la provincia de Madrid y acompañada por unos exquisitos boquerones (fritos o en vinagre), o por un platito de aceitunas. Las gambas cocidas o a la plancha, ya eran de ración.

También te podías encontrar con el tostonero, menudo y simpático, cesta de mimbre al brazo, pregonando sus blanquecinos y sabrosos “torraos refinaos de Borox”, al tiempo que podías ver pasar por la calle algunas piadosas mujeres, tocadas con sus chales y con negros velos sobre la cabeza, que venían de rezar en la Iglesia Grande, ante la imagen de Ntra. Sra. de los Ángeles.



Si apretaba el calor, te ibas hasta la Heladería Valenciana y te tomabas un helado mantecado, o quizás te encontrabas por el camino con el carrito en el que Enrique, Manolo, o Vicente, te los ponían con aquellos pequeños moldes de metal: primero una galletita, luego el mantecado y finalmente otra galletita; el grosor del helado dependía de los céntimos que pagases por él. En la esquina de la Plaza, hacia la calle Jardines, se solía poner un muchacho, ya mayorcito, con media barra de hielo sobre un pequeño carrito, en la que rascaba con un molde de paleta, de manera que dentro de él se compactaba el hielo picado; le ponía un palito y lo rociaba con una especie de jarabe, que tenía en tres botellas con tres colores diferentes: rojo, amarillo y verde. Él decía que eran de fresa, de limón y de menta. Aunque no eran de muy buena calidad, a los chiquillos les llamaban poderosamente la atención estos polos tricolores. Había que probarlos.

A media mañana, o a media tarde, te podía sorprender el particular desfile de los gigantes y cabezudos, acompañados por cuatro o cinco músicos. Delante, tras un alguacil, la giganta y el gigante, con andares pausados, dando vueltas de una acera a la otra; los brazos de papelón les colgaban a los costados y de vez en cuando se inclinaban ligeramente para poder llegar hasta la altura de algún pequeño, acompañado de su padre, que naturalmente se asustaba bastante. En la parte de atrás los cabezudos, eran seis u ocho,

agarrando con las dos manos el enorme cabezón de cartón-piedra, corrían como locos de un lado para otro, sin cesar de meterse con las gentes, que a su vez les sonreía y les gritaba; eran jóvenes divertidos que se disfrazaban de esa guisa, para ganarse unas pesetillas y un bocadillo de salchichón o acaso de mortadela.

A la tarde, como siempre, de paseo por la Calle Madrid. Y seguramente, los padres que iban con sus niños, se pararían junto a la “frutería de Catalino”, donde solía ponerse un fotógrafo con un caballito de cartón de un metro de alzada y con un pequeño decorado de fondo, sobre un viejo lienzo enrollable (casi siempre una fuente con unos árboles alrededor). La máquina era un cajón de madera con un objetivo sobresaliente, una ventanilla por detrás y un gran paño de color negro. Todo ello soportado por un trípode de madera. El fotógrafo metía la cabeza dentro del paño negro, sacaba una mano por un lado y a la voz de “mira el pajarito” apretaba una perilla y la imagen quedaba reflejada en un cliché. Después él fotógrafo se encargaría de revelarla. Pagada la foto de antemano, al día siguiente habría que ir a recogerla.

Ya cayendo la tarde los carruseles empezaban a funcionar, los altavoces de los tiovivos, de las barcas, de la ola, y del guitoma lanzaban a los cuatro vientos músicas y canciones populares de la época, llamando la atención de la chiquillada, que ansiosa de emociones tiraba de las ropas de sus padres para que los montasen a dar unas vueltas. La tómbola no necesitaba de músicas; los dos hermanos y una mujer ayudante, se valían por sí mismos para llamar la atención de los viandantes. *[Ya está aquí la tómbola de los hermanos “cachichi” : son tiradas cortas, rápidas, sencillas y económicas; dos tiras una peseta y se van a llevar ustedes esta preciosa muñeca y esta hermosa garrota de caramelo. Pero antes, señoras y señores, una tirada de regalo, de balde, de baracalofi, de Baracaldo, de Valladolid. No cuesta nada, en un momento sorteamos].*

En las variadas casetas de tiro había que hacer puntería con la escopeta de perdigones, sobre unos patitos que se movían; sobre las bolas de anís, o sobre unas dianas en las puertecitas de unas casetitas, en las que si atinabas, te daban una copita de licor. Una caseta con mucho éxito era la de las fotografías; si acertabas en la diana salías fotografiado ojo guiñado y escopeta en ristre, en compañía de los amiguetes, o de la chica que más te gustaba. Una chulada para los jovencitos y también para los más mayores; unos y otros las llevaban siempre en sus carteras.

En las barcas había que tener una cierta habilidad, flexionando las piernas, para elevarla lo más alto posible; si te pasabas de rosca, te ponían un freno con un tablón de madera, levantándolo para que en él rozara la quilla de la barca y se disminuyera la fuerza del movimiento. En la ola se daban vueltas y más vueltas, haciendo una especie de ola; si te metías en un cubilete los amigos se divertían

## En las fiestas de Getafe – Lamberto Sanz Esteras

---

dándole vueltas; si eran chicas las de dentro no paraban de chillar; además le podías dar de puñetazos, a placer, a un “puching” que tenían colgado del techo del carrusel. En el guitoma, cuando giraban las sillas voladoras, te ponías como a dar pedales en el aire, de manera que cogías más velocidad y alcanzabas fácilmente al que llevabas delante, le ponías el pie en el culete y lo lanzabas disparado hacia delante. Por causa de ello hubo algún accidente.

En los caballitos era más tranquilo y divertido; dar vueltas subiendo y bajando y saludar con la mano a los papás y a las mamás, que estaban mirando. Algunos revoltosos se cambiaban de caballito en plena marcha. La perla de la feria eran los coches eléctricos. La autopista Loranca. En aquellos cochecitos “biplaza” nos dábamos topetazos sin cesar; los chicos eran los que conducían y algunas chicas les acompañaban riendo y chillando, tras los constantes choques.



---

Unos pocos carritos con golosinas prestaban colorido a las calles, a la vez que proporcionaban el dulce sabor de sus particulares gollerías. Ofrecían pequeñas

garrotitas de caramelo muy llamativas, así como unos rojos pirulís y martillos, asimismo de rojo caramelo. A veces también las sabrosas manzanas, bañadas con una delgada capa de caramelo, igualmente de color rojo. La señora Pilar, la barquillera, también paseaba por las calles, con su cestita de mimbre bajo el brazo, forrada con un paño blanco, ofreciendo con voz muy suave sus barquillos recién hechos.

Y ya anocheciendo los churreros de la localidad, los hermanos Sansegundo, recomenzaban su labor artesanal. Los olores, junto a la fuente de los cuatro caños y en los alrededores de la Plaza, a porras calentitas y a churros recientes, eran una verdadera tentación para la compra, e inmediata degustación de los mismos. Así estarían durante casi toda la noche y parte de la madrugada, para satisfacer el apetito de los más trasnochadores y de los muy madrugadores.

Por la noche, después de cenar, se salía para ver la pólvora. La cita era obligada. En la Plaza del Ayuntamiento, rondando las doce de la noche se encendería una traca y a continuación tres o cuatro castillos de fuegos artificiales. Todo este espectáculo sería previamente animado, durante un par de horas, por la Banda municipal de Mora de Toledo, que tocaban con armonía en un pequeño templete de troncos de árbol y tablas de madera, situado en el centro de la Plaza, justo alrededor de la farola de base octogonal. Pasodoble va y pasodoble viene; alguna jota castiza y músicas populares. Pero primero, antes de los cohetes y de la traca había que asistir al asalto de la cucaña. Se trataba del tronco pelado de un árbol de unos cuatro metros de altura, bien descortezado y bien enjabonado, para hacerlo resbaloso. En lo alto de la cucaña una ristra de chorizos, un sobre con un billete de veinticinco pesetas y hasta un jamón, dependiendo de la bondad de quien manejase las arcas municipales. Principalmente soldados de permiso y jóvenes del pueblo intentaban subir a lo alto del palo enjabonado, para conseguir el codiciado premio. Los resbalones se sucedían, ante las miradas y las risas de las gentes que habían acudido a entretenerse un rato. Por fin, tras unos cuantos intentos, con el consiguiente desgaste del betún del palo, una persona conseguía el botín, con el aplauso de los asistentes. Ya eran las doce de la noche y la traca, con las luces de la Plaza apagadas, resonaba estridente y luminosa. De inmediato el primero de los castillos empezaba a arder, con la admiración y el contento del público expectante. Luego el otro y más tarde el otro. Algunos valientes osaban pasar bajo las estruendosas y chispeantes ruedas, ofreciendo un espectáculo dantesco. Finalmente las candentes ruedas reventaban con cuatro explosiones atronadoras, dando paso al lanzamiento de un potente cohete, que rasgaba el cielo, atravesando la tupida nube de humos de pólvora, para explotar en lo alto, indicando el final de fiesta. El aplauso unísono de los asistentes inundaba, en esos momentos, la Plaza del Ayuntamiento, acompañado por los alegres acordes de un castizo pasodoble, cuando el alguacil procedía al encendido de las luces.

## En las fiestas de Getafe – Lamberto Sanz Esteras

---

Y todos de vuelta a casa.

Cada mochuelo a su olivo.

*-Este año han estado mucho mejor que el año pasado.*

*-Y los músicos han tocado estupendamente.*

*-Hay que ver cómo bailaban las chicas de la fábrica de mimbres, las de Davur y las de la fábrica de sopas, con sus respectivos novios ¡claro está!*

*-¡Toma! Y los padres de la María y del Juanito, que estaban como cuando eran jóvenes.*

*-La verdad es que todos se lo están pasando en grande y ahí se quedan hasta las tantas.*

*-Ya veremos como se levantan mañana, los que tengan que trabajar.*

Estas y semejantes conversaciones se escuchaban al terminar la pólvora, atravesando la plaza de toros, camino de casa, y aprovechando para echar un buen trago de agua fresca, en la fuente de dos caños, frente a la fachada del Colegio de la Inmaculada de los PP. Escolapios.

oOo

Pues más o menos así eran los días de las fiestas de Getafe, o por lo menos de esa manera los recuerdo, mezclados en el tiempo, con el paso de los años. Cierto es, que no solamente había lo que anteriormente se relata, pues en verdad que no faltaban los partidos de fútbol; las piñatas o más bien los pucheros, las carreras de sacos, de cintas, las de bicicletas y hasta de burros; los concursos de pintura, de dibujo, de poesía y de artes manuales; la elección de “misses” y los desfiles de carrozas; los conciertos matinales en la Plaza, a cargo de la Banda de música; los alegres pasacalles por parte de Polito y sus anastasios; la novena, la Salve, las misas y procesiones en honor de nuestra excelsa patrona la Virgen de los Ángeles; las primeras comuniones de niñas y niños; las entretenidas veladas de circo, las sesiones de cine, e incluso algunas danzas y bailes regionales. Y ¡cómo no! los animados bailes nocturnos en el estupendo Parque de Recreo ¡Qué bien lo pasábamos!



Qué bien lo pasábamos, incluso hasta cuando llovía. Porque durante muchos y muchos años ha llovido. Y llovía lo que no te quiero ni contar. Hemos visto las calles de Polvoranca, Jardines y Arboleda como un verdadero río. Nos hemos tenido que cobijar a todas prisas en el pequeño saloncito del Parque de Recreo, porque un enorme chaparrón nos impedía seguir los compases del baile. Hemos tenido que acelerar el paso de la procesión del Domingo de Pentecostés, para refugiar a los fieles y a la imagen de la Virgen de los Ángeles, en el pórtico de la Iglesia Grande. Pero nada de esto era óbice para continuar con los festejos, civiles y religiosos, de nuestro querido pueblo de Getafe. Genio y figura de los getafenses. Y como ya dejó escrito el ilustre Ricardo de la Vega: ***De Getafe al Paraíso.***

En Getafe, mayo del 2012. - Lamberto Sanz Esteras.

Ilustración: César García Hernández